

CONCLUSIÓN

Las ciudades antiguas tan numerosas y diversas constituyen en su conjunto un campo de observación política extraordinariamente rico. Grecia y Roma fueron como un laboratorio de investigaciones, en el que todas las formas constitucionales fueron ensayándose sucesiva ó simultáneamente y la experiencia ha durado bastante para poder obtener de ella una clara significación. La teoría política pudo también desde el siglo IV producir una vasta literatura, cuyo momento más considerable es la política de Aristóteles. Al final de la rápida revista que hemos hecho sobre el movimiento democrático en la antigüedad, ¿podremos obtener algunas leyes que den luz sobre su evolución y que conserven aún hoy algún valor práctico? Creo que sí, pero es necesario recordar las diferencias que existen entre las democracias de la antigüedad y las de los tiempos modernos. Cuando se lanza una mirada al mundo antiguo, desde luego nos llaman la atención algunas diferencias: es preciso medir exactamente su importancia.

La primera es la de la existencia de la esclavitud; aunque es una diferencia seria, ya hemos visto antes que no debe exagerarse. La esclavitud no ha impedido que hubiese en todas las ciudades al lado de un clase rica una clase pobre, mucho más numerosa. De manera que los problemas esenciales de la vida política, aquellos que resultan de la desigualdad de las condiciones, si han podido modificarse en alguno de sus elementos, no se modificaron en su fondo real, presentándose á los antiguos de una manera muy análoga, en suma, á como se presentan entre los modernos.

Otra diferencia mucho más importante es la que resulta de la escasa extensión de las ciudades antiguas. Dedúcese de ahí que los antiguos no conocieron la democracia más que como el gobierno directo de la ciudad por el conjunto del pueblo; no concibieron nunca la idea del gobierno representativo, salvo en caso de confederación, y aun con la reserva de que las decisiones de los delegados se enviaban muchas veces á la ratificación de las asambleas particulares, formadas por el conjunto de los ciudadanos de cada país confederado. De ahí resulta, como ya hemos visto, que la formación de los grandes estados producida por las modificaciones necesarias de la vida antigua arrastró consigo de un modo ó de otro la ruina de las democracias ya existentes como en Grecia, ó impidió su coronamiento como en Roma.

El gobierno democrático en la antigüedad

sólo fué un gobierno de ciudad, limitado á un territorio de extensión mediocre. Ese es sin duda un hecho importante, pero del que puede decirse, sin embargo, que no llega tampoco al fondo de las cosas, por haber estado limitado á un espacio restringido; no han cambiado los problemas radicalmente de naturaleza, y las causas que han determinado sus resoluciones poseen un alcance bastante general para salirse de aquellos límites estrechos; una experiencia de laboratorio puede tener aplicaciones universales; basta con cambiar las cantidades y modificar, por consiguiente, la disposición de los aparatos.

Fustel de Coulanges ha destacado vigorosamente la importancia de la religión en las ciudades antiguas. Podríamos inclinarnos á concluir, por lo tanto, que ésta es otra diferencia capital que existe entre los gobiernos antiguos y los modernos. Sería un error. La teoría de Fustel de Coulanges es cierta, sobre todo respecto de los orígenes de las ciudades antiguas, y explica muchos hechos que se hallan aún en el período clásico; pero en realidad estos hechos sólo son supervivencias de una época más antigua y en el período en que se organiza el estado democrático, en que florece y se desarrolla, los hechos religiosos tampoco poseen la importancia predominante que podría atribuírseles; siguen siendo uno de los factores de la vida colectiva, pero aproximadamente de igual manera y en la misma medida que en las épocas de fe de los períodos más recientes de la historia humana,

y son otras muchas causas las que determinan en realidad la marcha de los sucesos en su conjunto. Esa no es tampoco más que una diferencia bastante superficial, cuyo valor tampoco debe exagerarse.

Es preciso tener en cuenta á la vez todos estos hechos para explicarse el matiz particular de algunas formas de la vida antigua y al mismo tiempo buscar en hechos más generales y en los instintos profundos del alma antigua la causa última de los sucesos y el resorte principal de la evolución política. Cuando se pretende desentrañar los caracteres verdaderamente dominantes, he aquí verdaderamente lo que se ve.

En primer lugar, monarquías patriarcales hereditarias, de origen considerado divino, gobiernan paternalmente poblaciones poco considerables;—luego fúndanse ciudades que se engrandecen por el comercio ó por la guerra; el sinecismo desorganiza el clan ó la tribu; creada la ciudad, aumenta el número de los pobres al separarse de su grupo natural, aumenta la riqueza de los eupatridas, grandes propietarios ó comerciantes y hace más necesario un poder fuerte;—este poder es la mayoría de las veces el de un rey absoluto ó el de un esyuneta, ó el de un tirano contra quien se rebelan los nobles;—establécense las oligarquías y mantienen sus privilegios mediante una organización despótica de su poder; la plebe, el demos, se rebela á su vez y acaba por triunfar con el apoyo de algunos ricos separados de la no-

bleza ó procedentes de la multitud comercial; —se desposee de sus derechos á los nobles y el poder pasa nominalmente á todo el pueblo, pero en realidad á las clases mas ricas de la plebe. Si los nobles son débiles, la evolución continúa regularmente hacia una constitución cada vez más democrática, hasta la igualdad absoluta. Si los nobles conservan una gran fuerza, ya por las riquezas, ya por la timidez de espíritu del pueblo, ya por cualquier otra causa, reanúdanse las disensiones y terminan de ordinario en un gobierno despótico; —pero de ordinario también ese gobierno dura poco; la democracia emprende entonces de nuevo su marcha hacia adelante por el progreso general del desarrollo económico é intelectual y si no la interrumpe ningún accidente exterior, da origen á una forma de gobierno definitivo en el cual los elementos democráticos, limitados antes por la influencia de la riqueza media, van poco á poco al triunfo.

Este encadenamiento de las transformaciones sucesivas de la ciudad es fatal porque resulta de la actividad natural del hombre en las sociedades clásicas. Tiene su punto de partida en los hechos económicos y políticos; resulta del esfuerzo de los individuos por mejorar su situación, del progreso material que se realiza, y de las desigualdades que son consecuencia de la lucha por la vida. En estas sociedades individualistas y enérgicas, el número acaba por triunfar. Cuando se trata de razas al mismo tiempo idealistas y razo-

nadoras, conciben un ideal teórico de igualdad y libertad. Expresan su ideal en fórmulas abstractas de un carácter moral é imperativo y adquieren así una conciencia cada vez más clara de lo que llaman sus derechos, con lo que aumenta su energía y su fuerza de acción. Las más activas y más razonadoras son las que van más de prisa y más lejos. Algunas van más lentamente ó se detienen en el camino, pero la dirección del movimiento es la misma siempre.

Este carácter universal y regular de la evolución política, que la hace parecerse á la evolución de un ser vivo, había sido ya observada por los filósofos griegos; la comparación de la ciudad con una planta ó un animal está ya en Platón. Era natural que se sintiesen inclinados á buscar la ley de esta evolución.

Platón la expresa simplificándola, según la costumbre de su espíritu, reduciendo sus fases á concepciones filosóficas y morales; reduce la sucesión regular de los gobiernos á las cinco manifestaciones siguientes: aristocracia ó gobierno de los mejores, democracia ó gobierno de los más ilustres, oligarquía ó gobierno de los ricos, democracia, tiranía. Además somete el encadenamiento de las revoluciones á la influencia de una cifra divina, de un número místico que determina su duración.

Aristóteles, menos geómetra, más dócil á la realidad, critica severamente estas fantasías pitagóricas. Muestra á maravilla la complejidad de los hechos, la permanencia

de los tipos generales y la diversidad casi innumerable de los matices intermediarios, el encadenamiento variable y las causas múltiples de las revoluciones. Muestra sobre todo repetidamente, con hechos tomados de la vida política griega, la relación que existe entre las formas de gobierno y el estado económico, intelectual y moral de la sociedad, y cómo al modificarse éste por el curso natural de las cosas las otras deben cambiar también, sin hablar siquiera de los incidentes debidos á causas interiores ó exteriores y con los que está en obligación de contar siempre el hombre de Estado.

Polibio, bajo la influencia de las diversas escuelas filosóficas, da en una concepción bastante semejante á la de Platón, aunque más histórica en sus principios; cree en un ciclo (*ἀνακύκλωσις*) en el cual se suceden las unas á las otras las cuatro principales formas de gobierno, monarquía, aristocracia, democracia y tiranía, siendo ésta como forma nueva de la antigua monarquía.

Todos se hallan de acuerdo en el fondo: pueden diferir en el detalle de sus apreciaciones los unos de los otros, según lleven el análisis más ó menos lejos, pero ninguna vacilación sobre el principio. La ley de las transformaciones políticas es tan vigorosa y cierta como la del crecimiento y decadencia en un ser vivo.

¿Es del mismo género é implica como la evolución de la vida en el individuo una decadencia final, que correspondería al reinado

de la democracia? Platón no lo pone en duda siquiera y apoya sus afirmaciones en su ideal filosófico y moral. Polibio, hombre de Estado é historiador, partidario decidido de la aristocracia, tampoco duda; cada ciclo en su opinión supone un período de decadencia, después de un período de crecimiento, y no se reanuda el progreso hasta después de esta especie de muerte parcial. Aristóteles es mucho menos afirmativo, porque ni sus opiniones teóricas ni sus tendencias políticas le inclinan á formular juicios absolutos. Su espíritu y su sistema hacen de él un moderado; es el filósofo y el hombre del justo medio en todas las cosas; sin llegar á creer con los oradores atenienses que la democracia sea el ideal, distingue entre la buena y la mala, y no se niega á admitir que la democracia, necesaria á veces, no pueda ser en ciertas condiciones un gobierno tan prudente y útil como cualquier otro, lo mismo que éstos, según el carácter que revistan, pueden ser buenos ó malos.

¿Qué debe pensarse de esto? ¿Y qué conclusiones generales se desprenden del rápido examen que acabamos de hacer del movimiento democrático en la antigüedad?

Concederemos sin trabajo á los oradores atenienses y á los defensores de la democracia que esta forma de gobierno corresponde á un ideal nobilísimo. Las ideas de igualdad y de libertad, igualdad ante la ley, libertad de acción y de palabra dentro de los límites de la ley, autonomía del individuo respecto

de los demás individuos, todo esto procede de un sentimiento muy alto de la dignidad humana y muy á propósito para suscitarla. Es una ventaja moral indiscutible. Es también una ventaja en otros sentidos; esta libertad del individuo es una condición singularmente favorable al desarrollo de la iniciativa personal, fuente de todo progreso, intelectual y material.

Pero tampoco es difícil comprender los inconvenientes que pueden resultar de estos principios, excelentes en sí, en el caso de aplicarlos sin medida y sin discernimiento. El exceso de individualismo lleva fácilmente al egoísmo personal y colectivo, á la desenfrenada ambición de los hombres, al olvido del bien público, al epicureísmo práctico de los satisfechos, á la envidia de los menos favorecidos, al espíritu de cuerpo y á la lucha de clases. La libertad del pensamiento y de la palabra puede conducir á una agitación trémula, que no tenga nada de común con el progreso. Puede resultar de ahí una especie de anarquía intelectual y moral que suscite en ocasiones la tiranía, ó que, sin llegar á ese extremo, debilite los resortes necesarios de la vida social, destruyendo su actividad armónica.

Esto viene á decir que sin ser la democracia, como creía Platón, en virtud de sus concepciones absolutas, el mal en sí, tampoco es una panacea capaz de poner remedio á todos los males de las sociedades humanas. Las formas de gobierno no son más que cuadros

que se ofrecen al juego más ó menos libre de las fuerzas del individuo. El triunfo de una ú otra obedece á causas muy complejas y generalmente ineluctables.

Pero cualquiera de ellas, una vez establecida, es buena ó mala, según el valor de los hombres que les hagan servir á sus propósitos. Cada una de ellas sólo vale, siguiendo la fuerte expresión de Aristóteles, por la virtud que la anima y sostiene. De la misma manera que los tiranos tienen sus aduladores, el pueblo tiene sus demagogos y no valen más unos que otros. La virtud de una ciudad también, según Aristóteles, consiste en la persecución inteligente y activa del bien público; no del bien de algunos, ni siquiera de los más numerosos, en detrimento de la minoría, sino del mayor bien posible para todos los ciudadanos. Es lo que Platón llama «justicia» y lo que nosotros designamos hoy con el nombre de «solidaridad». Esta virtud es la ley suprema de todos los gobiernos. Cualquiera que sea el conjunto de las condiciones sociales impuestas á un país, es legítimo si persigue ese fin; es ilegítimo si persigue otro y entonces es una «desviación» (*παρέκβασις*), una falsificación del gobierno legítimo cuyo nombre usurpa. No se exceptúa en este aspecto á la democracia; tiene los mismos deberes que cumplir que los demás gobiernos. Si hay alguna diferencia en algunos puntos es únicamente en que la virtud es en la democracia más necesaria que en cualquier otro gobierno; ya que con ella todos los ciudadanos

tienen mayor participación en la acción común, es un honor para ella el triunfar de esa prueba y es también la dificultad particular con que puede chocar. Razón de más para conocer su deber, que se confunde con su interés más vital.

¿Cómo realizarla? La virtud, según Aristóteles, procede de tres manantiales: la naturaleza, las costumbres, la educación. Algunas razas son incapaces de ella: éstas no podrían practicar la democracia, y cualquier gobierno que elijan ó soporten, siempre tienen probabilidades de ser mal dirigidas. Aun en una raza bien dotada, es preciso que las costumbres estimulen y fortalezcan las aptitudes naturales; por esa razón el deber de los jefes, de los hombres de Estado diligentes, del legislador, como decían los antiguos, consiste en corregir el detalle de las instituciones cuando es defectuoso, preocupándose siempre del fin que hay que alcanzar, el bien público; pero es preciso también que la educación desarrolle tempranamente en el niño, es decir, en el futuro ciudadano, los gérmenes que le serán necesarios más tarde en la vida cívica para lograr la indispensable virtud.

La historia de las ciudades antiguas que ha inspirado estas profundas apreciaciones las justifica plenamente. Vemos que en todas partes la democracia presenta en conjunto las cualidades y los defectos naturales propios de las razas que han adoptado esta forma de gobierno. En todas partes vemos también que estas cualidades y estos defectos aumentan ó

disminuyen en la medida en que la educación y la vida nos estimulan ó combaten.

Las lecciones de la prudencia antigua son siempre dignas de meditación. Acaso podrían resumirse bien así: combatir la existencia de la democracia allí donde las circunstancias la hicieron inevitable, es una quimera; procurar mejorarla y corregirla de sus defectos, es el deber de todo hombre que piense y que posea el sentimiento de su obra social. Como el orden es una necesidad vital de las sociedades, si no bastan las leyes á reprimir la anarquía, sobreviene la tiranía necesariamente. El enemigo más temible de la democracia es la demagogia.

FIN